

PABLO
MENACHO
**Rito de mares
y sombras**



La Rama Dorada

EDICIONES LITERARIAS



RITO DE MARES Y SOMBRAS

PABLO MENACHO

Rito de mares y sombras



MENCIÓN DE HONOR
CONCURSO NACIONAL DE LITERATURA «RICARDO MIRÓ» 2003
SECCIÓN POESÍA



La Rama Dorada

EDICIONES LITERARIAS



CIUDAD DE PANAMÁ

2008

Rito de mares y sombras

© Pablo Menacho, 2008.

Primera edición:

© *La Rama Dorada Ediciones Literarias*, 2008.

P.

861

M536 MENACHO, Pablo

Rito de mares y sombras/ Pablo Menacho.

Panamá: La Rama Dorada Ediciones Literarias, 2008.

77 p.; 21 cm.

ISBN 978-9962-8801-7-2

1. LITERATURA PANAMEÑA—POESÍA

2. POESÍA PANAMEÑA

I. Título.

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la fotocopia, de acuerdo a las leyes vigentes en la República de Panamá, salvo autorización del autor.

ISBN 978-9962-8801-7-2

Impreso en Panamá

ANTESALA DEL RITO



La poesía es lo inefable que se anima a respirar en el umbral de la conciencia. Es inevitable, entonces, que se balancee con ritmo respiratorio, entre el aire y la tierra, entre el fuego y el agua. Experiencia radicalmente elemental, es en definitiva una animada superposición de transparencias, cada una con su signo vinculante y su simbolismo propio. Y si la poesía es eso —y no lo es al mismo tiempo, en retador alarde frente a cualquier aristotelismo imperioso—, lo que nos ofrece es el enigma compartible, el elixir desvelado, la bienvenida de la propia nostalgia.

Cuando inicié la lectura de este libro del poeta panameño Pablo Menacho tuve de inmediato un golpe de intuición: estos poemas son un testimonio que reclama la otra parte de sí mismo. Y esa otra parte es la complicidad íntima del lector. Y como lector voy a escribir estas palabras, breves según la antigua lección de Quevedo, que recoge Jorge Luis Borges en el autoprólogo de *El Informe de Brodie*: “Dios te libre, lector, de prólogos largos”.

Entro, pues, en lectura y en escritura a la vez. La primera impresión me trae lo sabido: Pablo Menacho es un poeta de estirpe consumada, que tiene con la palabra una relación feliz: no es dominio, sino convivencia. El poeta se conoce por su relación personal con la palabra. Y en el caso de Pablo esa relación es firme, amorosa, irradiadora y fecunda. Cuando habla el poeta, las palabras florecen.

Lógica pura de jardín. Y, en este caso, jardín expansivo que resume horizontes. Pues es precisamente tal condición la que provee a esta poesía de su encanto comunicativo más propio: el poeta convoca sus mares y sus sombras, en un perenne vaivén de lo vivido y lo soñado, de lo imaginado y lo sentido, de lo personal y lo común. Se tiene de inmediato y de pronto la impresión de estar en un salón de espejos privado y compartido: experiencia, nostalgia, revelación y testimonio giran a nuestro alrededor, en busca del pálpito fraterno.

Seis estaciones tiene la odisea que el poeta nos propone. Se parte del origen: aquel instante en que la tierra se convirtió en el límite entre el aire y el agua, en “la mañana primera”, cuando el ser personal era la invocación del deslumbramiento, y se llega a la apoteosis del instante, cuando estamos de nuevo de cara al caos. El poeta, pues, reinventa el viaje desde sus orillas hacia sus orillas, en el que Ítaca ya es sólo una estación más: la de los presagiados reencuentros. Porque en definitiva, como dice el poeta en una de sus estancias más conmovedoras, “lo importante no es llegar/ al difuso puerto que te aguarda/ al final del recorrido/ que se emprende,/ todo es un peregrinaje singular/ de las mariposas/ que se disuelven en el tiempo...”

Este, pues, es un libro de viajes, en el mejor sentido de la simbología circular. El poeta viaja alrededor de sus símbolos más entrañados. El mar y la tierra, casi intercambiables en la vigilia nocturna del poeta, se iluminan y se oscurecen frente al espejo del testigo ambulatorio. Una densa emoción envuelve al poeta caminante y navegante. Sobre el hombro lleva el farol de la nostalgia, y las riendas

que rigen la cabalgadura creadora son de espuma y de musgo, como en las sagas inmemoriales.

El conjunto de poemas es evidentemente un rito, pero no un rito de iniciación, sino un rito de consumación. El poeta asume su sabiduría expresiva con una cierta inocencia prismática. Y eso se desnuda cuando el poeta está de nuevo frente al abismo de su propia conciencia, en la tierra firme del tiempo que nunca es otra cosa que la reiterada metáfora —y por ende parábola— del origen: “Fundamos una aldea/ que gira hacia un final imprevisible/ en las márgenes exteriores/ de un océano/ tendido al infinito...”

¿Qué nos quiere anunciar el poeta con esta respiración que se instala tan limpiamente en lo indescifrable? Quizás el arraigo de la palabra en el aire que la deshoja. Hay un leve fulgor apocalíptico a lo largo de estas páginas y, a la vez, un oscuro reguero de memorias salvadoras, que se alimentan “con la luz distinta/ de otros mares,/ con el gélido resplandor/ que atraviesa el centro de las almas”.

En este tránsito, el poeta trasciende la ilusión de Odiseo. La última estación no es Ítaca, sino la isla vagabunda y a la vez sedentaria de su palabra en trance. Aunque las razones del alma no tienen por qué responder a las razones de la geografía, el ser mental, y ya no se diga el ser poético, están unidos por corrientes desveladas y finas. El poeta panameño es velador de dos océanos. Con sólo volver el rostro es capaz de recibir el golpe de dos fuentes de espuma, de dos herencias respirables, de dos mundos en movimiento. Esto podría ser lo que le da a su poesía el constante pálpito inspirador. Poesía de la fuerza y del escombros, es de las que no se entregan a la primera lectura,

como pasa con toda poesía verdadera, en el sentido de la verdad sigilosamente compartible.

Vamos, pues, al rito. Y hay que hacerlo con la vista puesta en el fondo del pozo y con un caracol en el oído.

DAVID ESCOBAR GALINDO
San Salvador, 10 de febrero de 2008.

I.
De los mares y las sombras



1.

Seguramente
—cuando la fiebre
es un voraz incendio
que amenaza con arrasar
la tierra entera,
cuando sólo quedan los grillos
que rompen el silencio arrasador
de un mundo inexplorado
donde la desolación
es señal inexorable
de lo breve del instante,
único como el destello fugaz del azul—
estarás bordeando las orillas
de una noche
en que parecen llover estrellas
en la otra cara de un mundo
que tus ojos nunca imaginaron:

Allí donde se deslumbraron las miradas
de aquella mañana primera
en que una delgada línea de tierra
separó a la mar del firmamento.

2.

En la playa,
mientras alguien traza filigranas,
bellas caligrafías
en los mapas del anochecer,
desovan las tortugas
a la sombra de ese mar
que fuera visto por vez primera
una mañana de septiembre.

3.

Aquí
—tal vez no lo sepas—
se edificó la estatua
de aquel que fue decapitado
en Acla
luego de contemplar
esas aguas deslumbrantes
que nunca se apaciguan
y el *architalassos*,
alucinado en un rapto de la iluminación,
aún se despeina
con el rumor de los vientos del nordeste,
mientras su nao avanza
hacia un poniente
que parece no tener alcance
y huye de las naos
como una presa mal herida
que se escabulle
a través de las tempestades
de todos los octubres.

4.

Y muy lejos,
allá donde Cook trazó los mapas
de un inmenso océano
aún inexplorado,
al sur de todos los sueños
y palmeras
que rascan el cielo
siempre azul
que se precipita en las mañanas,
más al sur, aún,
de donde Tusitala
—acompañado tal vez
por la sombra amiga
y traicionera de Long John Silver
(...y su siempre inseparable
botella de ron)—
contempló los tesoros de sus islas:
collares que se desprenden del mar
con sus corales vestidos de arcoiris
y recitó sus oraciones
a la sombra protectora
del Vaea que habría de amortajarlo,

un pintor vislumbró nuevos colores
agitados en el aire tropical
que baña la luz del paraíso
para posarse en los cabellos
de una bella vahiné
semidesnuda.

5.

Mientras tanto,
cuando los recuerdos
aún disputan espacios
que son inaprensibles
tragados por la brisa
que persigue
estas calles despobladas,
donde una estela va dejando su luz
en las resacas
de un mar indescifrable
y siempre idéntico a sí mismo,
la ciudad parece distraída,
dislocada por un destello inentendible
y tú eres un ángel de alas rotas
que cayó del paraíso
como la sombra
de un resplandor alucinante.

6.

Ahora,
cuando el siroco es el aire,
ardiente y seco,
con que la danza traza
exóticos reflejos
en el centro de tus piernas
que recorren el paso de los caracoles
que dejó la incertidumbre,
la sensación de un espacio
en que se traman
emboscadas y silencios,
quizás pudiéramos limpiar los ojos
del polvo amargo
que dejan las despedidas
con largas cartas
en que nos reencontramos
—inútilmente desteñidos—
imaginando la silueta
de unos volcanes
que penden aún en la certera cercanía,
ajenos a la desesperación
de las ciudades que se tragan
nuestro asombro.

7.

Cuando la tarde,
finalmente,
tienda a rendirse
sobre los horizontes
y la luz se haya negado
a las esquinas,
no sé si edificaremos cápsulas
en las que desprendernos del entorno
para evitar los golpes
que asestan las ciudades,
intoxicadas
de ensombrecidos alacranes,
mientras alguien vislumbra ya
a las bestias que traen la desesperanza
a pesar de una derrota
ya cercana.

8.

Pero tocan ya a la puerta
los adioses
con la urgencia de deshacer
las tempestades
con los extraños conjuros
de los alquimistas.

En los cuadernos,
la tinta se disipa
como el humo que intoxicó
todos los fuegos
y en las paredes,
el mundo parece gritar
sin atinar a alguien
que le escuche.

9.

Mañana,
cuando las sombras
hayan de escapar
con la cautela de quien se oculta
de la luz más pura,
conjuraremos estas simas abisales
que intentan devorar
todas las naos
que van hacia el oeste,
en tanto que no logre alcanzarnos
la noche última e irremediable.

II.
Tempestades y silencios



1.

Ciertamente,
siempre que la prisa encontró
cómo trazar la singladura exacta,
me fueron llegando tus noticias.

Vestidos por la nostalgia
de una noche inalcanzable,
a nuestro lado,
el mar deambula
sin percibir el color de las mareas
y los amaneceres
tiñen de naranja los zaguanes,
donde nos llega el ruido
que deja a su paso
una estampida de autobuses.

Se me ha enfriado el café
después de los recuerdos,
a pesar del calor y los sudores
que produce el transcurrir
por una ciudad inexplorada.

2.

Y en aquellos suelos,
donde se resguardan las quimeras
del alma unipolar
que pretende el rapto del planeta,
alguien trama otros modelos
de embestida
detrás de la sofisticada máscara
de unos rascacielos
tragados por el polvo
y prepara la cuadrícula
del mundo
desde donde asaltar
todos los sueños,
mientras rehace
la Caja de Pandora
con la serenidad de un súcubo
que apuesta al holocausto
y a que el Armagedón
deje de ser un tema literario
y adquiera corporeidad
al principio mismo
de un milenio que despierta.

3.

Pero nosotros,
mástiles astillados
de tanto navegar
sin cartas ni astrolabios,
que ceñimos las velas
para no extraviar
nuestro destino
a pesar de ir herida
nuestra arboladura,
que leemos
las ráfagas del aire
y enfilamos nuestra proa
sin prevenir que los dragones
están agazapados
más allá de las columnas
que Hércules sostiene,
trazamos palabras muy dispersas,
disueltas en el agua,
evaporadas en el gesto
que dibujan los adioses:

Nuestros dedos son pañuelos
que tocan la distancia
y se asombran cuando acarician
la soledad que hay oculta
detrás de los espejos.

4.

Nosotros,
que renombramos el mundo
al contemplar las señales
de las olas en los mares,
en las encrespaduras
que dibuja el viento
hacia el poniente,
que zarpamos sin relojes
que separen la distancia
entre las borrascas y el olvido,
que establecimos nuestra casa
al borde de un abismo
que contempla las vastedades
como un faro dispuesto
a dar la bienvenida
a los navíos extraviados.

Nosotros,
que nos miramos con sorpresa
si nos arrasa una pasión
que siempre llega apresurada,
estamos exhaustos ya
de contar los latidos
del planeta,
cansado de girar
hacia el oriente
con el eje dislocado.

Nuestra carne se ha incendiado
con los soles
de una extraña rebelión.

5.

Mañana,
cuando el asombro
se haya disipado
como suelen hacerlo
las tempestades
que se alejan del Caribe
o el aliento último
de un dios quemado
en las hogueras de la inquisición,
cuando regresen los pelícanos
del viento del invierno,
los candelabros del olvido
caerán sobre nosotros.

III.
Carta de las mareas



1.

Seguramente hará falta
emborronar muchas cuartillas
para teñir las noches
con la luz distinta
de otros mares,
con el gélido resplandor
que atraviesa
el centro de las almas.

Porque en este instante,
el tiempo parece detenerse
o encallar
en la margen de tus ojos
y ya no llegan nuevas cartas.

2.

¿Cómo cartografiar
—sin distraernos por el eco
que dejan las sirenas
donde Venus contempló
los nacimientos—,
con los milímetros exactos
que exigen las urgencias,
los pliegues de tu cuerpo
que son costa inexplorada
y misteriosa
donde se acortan los sentidos?

3.

Para ello tendremos
que planificar los desembarcos
corrigiendo los compases
trastocados de la angustia
y evadir los bancos de arena
tendidos sobre las vaciantes
si se aposentán en el alma
los fantasmas del naufragio
que intentan abatirnos
y alterar nuestra derrota.

4.

¿Qué faro te acosó
sin mirar aún las corrientes
de los atardeceres,
para que los navíos
—agotados de sus largas travesías—
estallaran en los arrecifes?

5.

Somos vulnerables a desaparecer
con el paso de los años
y, cuando sea preciso
corregir las cartas
que escribimos
cuando asomó la paradoja,
habrá que hacer legible
aquello que se enmiende,
corregir el norte
con el reloj de las mareas
a pesar de que las nubes
del presagio
inutilicen los sextantes
o hagan incierta
nuestra travesía
en este mar
de vientos tempestuosos
donde enloquecen
los albatros.

6.

Pero,
mientras el ancla se hunde
en las arenas
y fondeamos en este embarcadero
del que alguna vez
habremos de marcharnos,
se dibujan en la bitácora
las siluetas
de las jarcias destempladas
y los jaguares del insomnio
tienden las sombras
de una depredación inevitable.

La música se apaga en el horizonte
y el sueño,
insumiso alacrán
que escapa entre las rocas,
no aparece para despertar
de esta realidad incomprensible.

IV.
Una tarde en Ítaca



1.

Ya contemplarás
la vastedad del agua
desde las entalladuras
agrestes y amorosas
de los Picos de Europa,
allí donde descansó la mirada
saturada de palmeras
de los navegantes
que desandaban asombrados
el camino de occidente,
templadas como el éxtasis
de un druida
que aún persigue las esencias
en la huidiza luz del otoño
que busca refugio
entre las ruinas
de un monumento circular
y milenario.

2.

Pero hacia el este,
donde una mujer
sentada en el umbral
cuenta los días
cansada de tejer
y destejer los recuerdos
y las embestidas del olvido,
en tanto que observa el mar
con ojos tristes
(arrasados tal vez por el agua
que humedeció la incertidumbre
de un abrazo que tarda
la longitud del infinito),
a la espera de que llegue la esperanza
curtida por los años de derrotas;
los argonautas remontan
las encrespaduras
de la aurora
arropados en los vientos
de una mitología inconquistable.

Se les vio partir sin ruta prefijada,
navegando siempre a barlovento,
siguiendo las sutiles señales
trazadas en el aire
recién lavado con la clepsidra
iluminada por una claridad ambigua.

3.

La tarde última
en que contemplamos
los pelícanos,
alguien venía detrás
de los cristales
empañados por el agua
del invierno.

En su piel afloraban
las cicatrices
de los antiguos lances
en que el amor,
vestido con el resplandor acogedor
del regazo de la ninfa,
tendía sus trampas ancestrales
aferrado a viejos demonios
y odaliscas.

4.

Puede ser que hoy
transitemos las mismas horas
de costumbre,
enfrentados al minotauro transparente
que enmascara la coherencia,
el que elabora verdades irreversibles,
el que invoca las certezas
y los circunloquios,
el que traza oscuros mapas
que nos lleven despistados
al futuro,
el que no deja resquicios
para que moren allí
el escepticismo
y las incertidumbres.

5.

Con este nuevo advenimiento,
mientras tus ojos se llenan
del azul de los océanos
y alguien planifica la caminata
hacia la ciudad prohibida
donde las señales
son tenues hilos
de un pasado que reencarna,
donde un concilio
de maravillosos espejismos
irradia la pureza
en la extrema delgadez del aire,
prefiguramos el crepúsculo:
la invocación
de una barbarie inconfesable.

6.

Siempre queda espacio
para reiniciar
el viaje que presagia
los reencuentros,
alimentados por las llamas
de un brillantísimo resplandor
de velas apagadas,
abrigados por un himno
musitado por gaviotas asustadas,
esas que emanan
al final de tus cabellos
cuando desaparecen las ciudades
en la bruma plomiza
de los horizontes.

7.

Hemos aprendido claramente,
al leer los cuadernos azules
de Kavafis,
que lo importante no es llegar
al difuso puerto que te aguarda
al final del recorrido
que se emprende,
todo es un peregrinaje singular
de las mariposas
que se disuelven en el tiempo
para transfigurarse
en un ángel sin alas
que se desplomó del paraíso.

Y si el destino
es encontrar la isla
que pintaba en los cuadernos,
quizás nunca alcancemos
los bordes de lo onírico
mientras nos acosen
los fantasmas del apocalipsis
rondando la atmósfera perforada
del planeta.

V.
Remanso de las angustias



1.

Arena de todos los mares,
huesos rotos,
hechos polvo por todos
los milenios,
las imágenes cuelgan de la costa
como fríos crepúsculos
en los que descansan
las borrascas
de los primeros días
en que la pasión nos acosó
con sus códigos incandescentes,
agobiados de navegar a la deriva
por las crestas circulares
del insomnio,
como labios que traicionan
al silencio
y flagelan
como látigos salvajes
inundados por la furia.

2.

Pero aquella tarde
recibí noticias tuyas,
ataviadas por las tenues gaitas
de los deslumbramientos
y acicaladas
con los extraños grabados
de aquel pintor divinamente profano
que también canta
en el abismo de la existencia
donde desaparecen las utopías
tragadas por el martirio
de estos aciagos días
gobernados por la incertidumbre
y la rebelión
que tejen las fiebres inapagables
en que los cuerpos estallan
en una comunión
de mareas asombradas.

3.

Yo,
que no escribí mensajes
para intentar que llegasen
a las orillas desdibujadas
de las ciudades
como acostumbran aún
los viejos náufragos.

Que establezco
altares en silencio,
donde lo ruidoso de los faroles
no toquen el alma
con sus anuncios luminosos
y estridentes.

Sólo vislumbro
los devastados márgenes
en que las olas se derriten
con la prodigiosa letanía
que dejan los latidos,
con esa manía de encontrar
nuevas vertientes
donde se esparcen los caudales
de un fogaje que corre
profundamente
en las gargantas
del planeta.

4.

Quema tu silueta
ya borrosa entre las manos,
como el agua que desaparece
entre los dedos,
residuos de una ceremonia
que bastó para extinguir
todos los fuegos,
y huele a musgos
la luz que incendia
los altares
donde tu cuerpo,
arrecife asediado por la espuma,
marca el compás
de los relojes
que hacen desaparecer
a los domingos.

5.

Ahora que desaprendemos
las liturgias
y sólo quedan las estelas de los trenes
que son navíos transfigurados
por la alquimia,
alguien tiende las piedras
del desamparo
y los zarpazos de la fiera
—siempre fiel
a su infiel herencia
de caníbal—,
se agitan en la ventana
(señales de que el mundo
ha transmutado
su derrota),
mientras el eje del planeta
sigue inclinándose,
desafiante,
hacia nuevos holocaustos
y cruzadas impredecibles
que semejen
la reencarnación de los templarios.

6.

El teléfono suena
desesperadamente
mientras culminan los rituales
en que la piel se desmorona
después de los espasmos
y en el alminar,
recortado contra la luz naranja
de los celajes del oriente,
el almuédano
que llama a los creyentes
levita solitario y gris,
oteando las jorobas
que trazan los oleajes
a la espera de que arribe
hasta la playa
el divino soplo
de los marasmos.

7.

Llegado será el instante
en que sólo quede
emprender nuevas huidas
que disuelvan,
con el faro enceguecedor
de la memoria,
la pared del laberinto
y sus cenizas;
cuando las corrientes acunen
una vez más
sobre un espejo consumido
por las llamas
los vientos que gobiernan
las estaciones,
con las velas ya ceñidas,
las drizas ardientes y templadas
y la barca orzada
a la búsqueda de ráfagas propicias
mientras se vislumbren
tendidas sobre el horizonte
—como apacibles atolones
que duermen la siesta vespertina—,
las islas del sur
y las bienaventuranzas.

Coda
Regreso a las aldeas



1.

Fundamos una aldea
que gira hacia un final imprevisible
en las márgenes exteriores
de un océano
tendido al infinito,
que camina entre las estrellas que transitan
aquella noche que Van Gogh pintara
en un arrebató de lúcida locura
con amenazantes remolinos
que presagiaban la violencia.

(Aprendimos a jugar
con lo indescifrable y limpio
de los veleros de otros mares
y delirios.)

La palabra
lleva calzada en sus pies,
curtidos de largas caminatas,
una angustia incomprensible,
un vago e interminable signo
que bordea los abismos:

Esa mañana
—siempre eterna—
en la que se fraguan los desastres.

2.

Las horas,
páginas en blanco
negándose a la idea,
parecen perseguidas por el aire
y las tardes parecen despeinadas
por la brisa del desamparo
mientras suena en la distancia
la música que traen los naranjos.

No vamos,
sin embargo,
en busca del elogio o la locura;
más bien,
nos desprendimos ya de los ropajes
con que los hombres piensan
en sus sueños,
anónimos y silvestres
como antiguos mitos
echados al fuego del olvido.

Sólo aspiro a recoger
de las fontanas recubiertas por el musgo
los cantos que Circe plantó
en los manantiales del otoño
y recuperar los talismanes
que conjuren espejismos.

3.

Somos el recuerdo que nos dejó
el estar a la deriva de los desencuentros,
la deslumbrante luz de una perla
que dibujó un destello
a la salida del abismo...

Es bueno rellenar las horas
en que se amotinan la desesperación
y los espantos
con nuevos sistemas
para contar los días
en que finalmente
se deshaga esta pesadilla.

4.

Tendrá sentido deshacer
las confabulaciones
que se arrastran con sigilo
en el inexorable camino
hacia la nada.

La oscura y necia tempestad
que cunde por estas calles
como un aquelarre innominado.

El signo de tiempos aciagos
desprotegidos del mar
y los oleajes.

Todas las metáforas
y parábolas del mundo
estremecen los empobrecidos cimientos
de estos días,
siempre lúgubres y tristes
por donde transitamos
como un dios menor,
desamparado y abatido,
y con las vestiduras desgarradas,
seguros de contemplar
al despuntar el alba
los signos
de un novedoso alumbramiento.

5.

Infinitamente,
los tambores,
poblados de la sabiduría
de las almas de los viejos,
cantan todavía
para romper las ataduras.

La trama que narran sus historias
se dispersa en las sensaciones
de un verano incandescente
y la mujer que ha sido coronada
gira alrededor de una hoguera
que danza, siempre en trance,
como la hora primera del amanecer.

Y tú eres la cuna en la que el viento
mece sus cabellos.

La palabra primera,
la que nunca se descifra,
la que lava las heridas
de una derrota
y las transmuta en resplandores.

Los viejos presagios y conjuros.

6.

La luz traza los rasgos de tu cuerpo
con el sigilo de un felino
que acecha entre las hierbas
y eres una canción
que viene con la espuma,
como una línea
terriblemente tenue
que prefigura el horizonte.

Se asombran los ojos
y el latido
cuando descansas
sobre la transparencia
de las sábanas.

Es la pasión
que multiplicó sus arrebatos
innombrables.

7.

Pareces el tránsito perpetuo
allende de los mares
que surcan los delfines
de los descubrimientos.

Qué lejos quedan los domingos
en que tus ojos navegaban
con las tardes
solitarias y cansadas
de contar tantos segundos.

8.

Hace ya muchos años
que vagamos en la nada.
Recolectamos signos
en la nebulosidad de los atardeceres.
Arponeamos las lluvias
esperando que amaine el tiempo
vestido de la tempestad
más angustiante,
que las sílabas se decanten
en una conjunción aproximada
a la frecuencia del alma,
esa zona en que todo se disipa
y desaparece
como una estampida
de luciérnagas.

Son días aciagos,
ciertamente,
en que la tormenta azota
desalmada...

9.

Somos el instante
que se tiñó de resplandores,
una cumbre alucinante,
una borrasca
que anuncia el cataclismo.

Índice

Antesala del rito <i>David Escobar Galindo</i>	7
I. <i>De los mares y las sombras</i>	13
II. <i>Tempestades y silencios</i>	25
III. <i>Carta de las mareas</i>	33
IV. <i>Una tarde en Ítaca</i>	41
V. <i>Remanso de las angustias</i>	51
[Coda] <i>Regreso a las aldeas</i>	61

PABLO MENACHO



Nació en Chitré, provincia de Herrera, República de Panamá, el 2 de octubre de 1960. Es licenciado en Diseño Gráfico por la Universidad de Panamá.

Fue miembro del Consejo de Redacción de *Letrabierta* (*Carta de poesía*) (1982), *La otra columna* (1982-1985) y la revista *Littera* (1995). Ha publicado poemas y ensayos en periódicos y revistas nacionales e internacionales, así como en algunos sitios de internet.

Ha obtenido varios premios literarios y ha participado en congresos, encuentros, festivales, talleres y conversatorios sobre literatura.

Ha realizado dos documentales en vídeo: *El águila de Azuero* (1995) y *Los diablos de espejos* (2000).

Sus poemas aparecen en antologías y volúmenes colectivos, tales como: *Serie poesía panameña actual* No. 2 (1980), *Poetas jóvenes de Panamá* (1982), *Poesía panameña actual* (México 1982), *Casa de las Américas* No. 150 (La Habana, 1985), *Mairena: Poesía de España y las Américas* (San Juan, 1992), *Afán que es una fiesta* (1996), *Umbral del canto* (1997), *Prometeo* No. 59-60 (Medellín, 2001) y la antología poética *Construyamos un puente* (2004).

También aparece en: *Diccionario de escritores centroamericanos* (Managua, 1997), *Ser escritor en Panamá* (1999), *Diccionario de la literatura panameña* (2002) y *Diccionario de la literatura centroamericana* (San José, 2008), entre otros.

Ha publicado los libros: *Futuros ejércitos del mundo* (1980), *Voces en la lluvia* (1983), *La sola mar* (1989), *Canción sin nombre* y otros poemas (2001), *Re/incidencias* (2001) y *Carta a Edmond Bertrand* (2004).

«*P*ablo Menacho es un poeta de estirpe consumada, que tiene con la palabra una relación feliz: no es dominio, sino convivencia. El poeta se conoce por su relación personal con la palabra. Y en el caso de Pablo esa relación es firme, amorosa, irradiadora y fecunda. Cuando habla el poeta, las palabras florecen. Lógica pura de jardín. Y, en este caso, jardín expansivo, que resume horizontes. Y es precisamente tal condición la que provee a esta poesía de su encanto comunicativo más propio: el poeta convoca sus mares y sus sombras, en un perenne vaivén de lo vivido y lo soñado, de lo imaginado y lo sentido, de lo personal y lo común. Se tiene de inmediato y de pronto la impresión de estar en un salón de espejos privado y compartido: experiencia, nostalgia, revelación y testimonio giran a nuestro alrededor, en busca del palpito fraterno.»

DAVID ESCOBAR GALINDO

ISBN 978-9962-8801-7-2



9 789962 880172